Amor y Patria

COMEDIA EN DOS CUADROS Y EN VERSO

escrita por

JOSÉ HERREROS DE TEJADA

Epoca actual

1909

- - - ES PROPIEDAD DEL AUTOR - - -

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

46710

Amor y Patria

COMEDIA EN DOS CUADROS Y EN VERSO

escrita por

JOSÉ HERREROS DE TEJADA

Epoca actual

1909

- - - ES PROPIEDAD DEL AUTOR - - -

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

SAN SEBASTIÁN
Imprenta de Martín, Mena y C.ª
Fuenterrabía, 14

A S. A. R. la Serenísima Infanta D.ª Isabel de Borbón y de Borbón.

ALTEZA:

Los pueblos, donde el amor patrio sobrepuja á todos los afectos y amores de la vida, y que ven regar el suelo con sangre de héroes y mártires, dignos son de aspirar á la Grandeza.

Esta sublime idea es el argumento de esta obra que dedico á V. A., y que ruego aceptéis, dándole relieve con vuestro augusto nombre.

Quedará eternamente reconocido á V. A., cuya vida Dios guarde largos años, vuestro constante admirador

A. L. R. P. de V. A.

José Herreros de Tejada

Septiembre 1909.

PERSONAJES

D. RECAREDO, anciano y patriota.
ALEJO, su hijo, teniente de Caballería.
ALFREDO, su sobrino, soldado voluntario.
D.ª ANA, su mujer.
MENCÍA, su hija, prometida de
D. AMADO, Conde de Torrelosa.
LUCÍA, doncella.
JUAN, criado.
Un Notario.

Escena en Madrid

Cuadro primero

DESPACHO-BIBLIOTECA.—Dos puertas á la derecha.—1.ª Habitación de D. Recaredo.—2.ª Entrada.—1.ª de la izquierda, habitación de Mencía; 2.ª de D.ª Ana.—Al fondo gran balcón al jardín.—Mesa-escritorio á la izquierda y dos sillones.—A la derecha otra mesa y sillón.

ESCENA I

La escena aparece desierta, y se oye á Juan cantando en el jardín

JUAN. Penzando meztuve en tí (cantando)
doz zemanicaz enteraz
y ar final de eyas creí
que me moría de veraz.
Dime por Dioz «yo te quiero»,
dilo zi te da la gana,
zi no lo dises me muero
y me enterrarán mañana.

LUCÍA. (entrando corre al balcón)
¿Qué es esto, cantar?
¡Ay, que muchacho!
¿Quieres callar?
Que estás borracho
van á pensar. (pausa)
¡Y sube ahora
por la escalera! (se quita de la ventana y sigue)
¡Qué bueno fuera,
que la señora
aquí nos viera!

JUAN. (llega limpiándose el sudor)
Zudando vengo,
dezeo hablarte,
no zé que tengo,
más ar mirarte
me pongo tierno.
Mira, muchacha,
los dos ojasos

de eza tu cara
tienen mi alma
hecha peasos.
Oye er gemido (acercándose á ella)
¿No te da pena?
Hazle tú un mimo,
por Dioz lo pido
linda morena,
Deja abrazarte, (ella se opone)
zé cariñoza,
bromas á parte,
hoy una coza
quiero contarte.

LUCÍA. Dí lo que quieras,
mas entretanto
las manos quietas,
que si me enfado
habrá quimera.

JUAN. Oye, Princesa
y ten finura.

LUCÍA. Qué buena es esa,
¿Tú por ventura
tienes finesa?

JUAN. Bueno, lucero,
pongo por cazo
que yo te quiero
y que me cazo
allá en Enero.

LUCÍA. ¡Ay, que locura!
Juan, sé formal.
¿Crées por ventura
que sin un real
nos case el cura?

JUAN. Hablarte quiero.

LUCÍA. Calla, embustero.

JUAN. Uf! ¡que matraca!

LUCÍA. ¿Tienes dinero
pa la casaca?

JUAN. ¡¡Que grasia tiene!!
zer ya mi ezpoza
no te conviene
zo maripoza?
Oye á este nene.

Mira la carta que ayer (sacándola del bolsillo)
recibí yo de mi hermano
aquí la tengo en la mano
y te la voy á leer. (lee)
«Hermano: Has de saber
que murió la pobre tía,
yo ya me lo presumía
al ver lo que iba engordando,
y en efecto, estando hablando
se murió de apoplegía. (se seca una lágrima)
Dejó hecho testamento
y según me ha dicho el cura,
á quien se debe la hechura,
es el tal un documento
en el que la tía Marta
ella ordena que se parta
lo que tiene entre los primos
y dispone que los mismos
le den al cura la cuarta». (pausa)
Esto, pues, te hará ahora ver
que pronto voy á tener
lo que hace falta, dinero.
Entonces, dí ¿en Enero
querrás tu zer mi mujer?

LUCÍA. Bueno, Juan, déjame ahora (cariñosa)
ya sabes tú .. que te adora
tu Lucia. No seas tonto. (él la quiere abrazar)
Vamos... que va á venir pronto
al despacho la señora.

JUAN. (muy contento)
A vivir y fuera pena
¡qué feliz zoy! mi morena.

LUCÍA. Adiós Juan. (aparte) Yo le quiero
es un poco majadero,
mas tiene un alma muy buena (se va 2.ª izq.ª)
(Juan la saluda riendo y al salir tropieza con Alfredo).

ESCENA II

JUAN, ALFREDO y MENCIA

ALFREDO. (tropezando con Juan). (Uniforme de campaña).
Bueno. Basta de risa
y á la señorita avisa

que un siglo ha no la veo
y de verla tengo prisa.

JUAN. Iré á cumplir su deseo. (se vá)

(Alfredo se asoma al balcón y mientras llega Mencia)

MENCIA. (entra sin reparar en Alfredo. Viene pensativa)
Mi padre me llama y vengo,
sin duda algo grave pasa.
¡Ah! No se cómo me sostengo.
Ando por toda la casa
loca del pesar que tengo.

ALFREDO. Prima... (él trae vendado el brazo izquierdo)

MENCIA. ¡Ah! No había reparado.
¿Qué es eso? ¿Vienes herido?

ALFREDO. De Melilla ahora he llegado,
mas la herida leve ha sido,
tan leve, que estoy curado. (pausa)
¿Ves tras la noche obscura y silenciosa,
con qué placer el que camina errante,
ve la aurora de luz exuberante
lentamente avanzar majestuosa?
Así tengo el alma ahora de gozosa
al contemplarte hoy tan bella y arrogante.
Si mi amor vive en tí. Ven al instante,
arrójate en mis brazos presurosa.
Sí. Apaga á escape el fuego aquí encendido
y contra mi corazón el tuyo aprieta.
Ven á cumplirme presto lo ofrecido.
Mas si la ausencia en tí causó el olvido
y cambiaste de rumbo cual veleta,
no vengas á matarme, queda quieta.

MENCIA. ¿No comprendes, Alfredo, por ventura
que llevo oculto un volcán aquí en el pecho
que es fuego del amor no satisfecho
que hasta mi mente arrastra á la locura?
Pues tener compasión de mí procura
al verme mártir vivir bajo este techo,
y de este corazón pedazos hecho
no aumentes más la pena y la amargura.
Si apartas de tu vista la ceguera
que no te deja ver lo que te adoro,
ni que tengo en mi pecho aquesta hoguera.
Entonces, podrás ver de esta manera

que si ante Dios postrada gimo y lloro,
es que ser sólo tuya yo le imploro.

ALFREDO. No creo lo que me dices.
¿Ser mía tú? ¿Sólo mía?
¿Es eso verdad, Méncía?
¡¡Podemos ser tan felices!! (acercándose)

MENCIA. Lo seremos cualquier día.

ALFREDO. Sí. ¿Ves la tierra que alrededor del Sol
da más vueltas que da devanadera
con tal ardor
que no para en su carrera?
Así mismo estoy,
según las vueltas que en tu contorno doy.
¿Ves á la inocente mariposa
de vivos colores esmaltada
en torno de la rosa
volar entusiasmada?
Así loco y contento,
vuela en torno tuyo el pensamiento.
¿Oyes cantar alegre y decidido
saltando de rama en rama el ruiseñor
alrededor del nido,
donde aguarda su amor?
Así espero el día
en que pueda arrullarte, prima mía.
¿Ves los tiernos botones de las flores,
al abrirse allá por primavera,
embalsamar de olores
el bosque y la pradera?
Así aspiro y siento
el perfumado aroma de tu aliento.
¿Ves cómo lucha y salta sin cesar
rompiendo entre malezas por el suelo,
para llegar al mar
gozoso el arroyuelo?
Así yo, desesperado,
lucharé por estar pronto á tu lado.

MENCIA. Si ves que por ser tuya, Alfredo mío,
de Dios imploro siempre la clemencia,
no temas que el desvío
venga con la ausencia,
que sólo en tí pensé
desde que siendo niña, yo te amé.

Mas vete, se acerca tu tía,
y mi padre allí me espera.

ALFREDO. Volver entonces quisiera
que mucho he de hablar, Mencía.

MENCIA. Ven... al caer mañana el día.
(esto lo dice desde la 1.ª puerta derecha y se va)

ESCENA III

D.ª ANA, ALEJO, MENCIA y el criado

D.ª Ana sale 2.ª izquierda y se sienta á escribir, y al oir la voz de su hijo se levanta y sale á su encuentro.

ALEJO. (entrando, de uniforme)
¿Dónde se encuentra mi madre?

ANA. Cómo, hijo mío, ¿tú aquí?

ALEJO. Sí. No podía estar así
sin ver más tiempo á mi padre
y á venir me decidí.
Pues cuando hoy me enteré
que seguía algo peor
á caballo me monté
y á Carabanchel dejé
lleno de pena y dolor.

ANA. Tranquilo está; si le has de ver
aprovecha este momento,
que puedes bien comprender
que al verte se ha de poner
de seguro muy contento.

ALEJO. Que lo deseo confieso
y con él me marcharé;
mas antes de ir á eso... (abriendo los brazos)

ANA. Hijo ¿qué quieres? ¿un beso?
Uno, no. Cien te daré. (se besan)
(Alejo se va puerta 1.ª derecha. D.ª Ana sigue escribiendo y llama al timbre al concluir).

JUAN. ¿Llama la zeñora?

ANA. Sí
Lleva al Notario esta carta
y que le esperamos dí. (se levanta)
¡Pobre hija! No se aparta
un solo instante de mí. (Mencía llega)
¡Hija! ¿Qué dijo tu padre?

MENCIA. (llorosa) Que hoy mismo debe llegar
el Conde y me he de casar
que me cuadre ó no me cuadre.
ANA. Y tú ¿qué hiciste?
MENCIA. Llorar.
Llorar sí. Que al ver mi causa perdida
recuerdo de mi amor toda la historia
y aquellos días felices de mi vida
acuden en tropel á mi memoria,
y viendo con el alma entristecida
que de ese amor que fué mi vanagloria
solo quedan girones y despojos,
lágrimas de dolor vierten mis ojos.
Sirva á mi pena de consuelo el lloro,
que el llanto solo apagará esta hoguera.
Y si Alfredo llorar así me viera
no dudara entonces que le adoro
y podría escuchar, si aquí estuviera,
que al quitarme su amor que es mi tesoro
mi pecho lanza tan terrible grito,
que su eco retumba en lo infinito.
Y si ahogar debo aquí esta pasión
que por entero la vida ella me daba,
haciendo trizas así mi corazón
que á impulsos de la misma palpitaba,
adiós, entonces para siempre la ilusión
que en mi contorno sin cesar flotaba,
que al trocar en tristeza mi alegría
de la muerte presiento la agonía.
Sí. Al ver de pena mi alma tan llagada
maldigo yo mi suerte y mi destino
y loca ya de amor, desesperada,
á Dios pido y á su poder divino
por los gusanos verme devorada,
si no me deja ya cruel el sino
tranquila disfrutar de las delicias
que el amor me brindó con sus caricias.
ANA. ¿Tan grande es tu infortunio y desventura
que hasta morir pretendes decidida?
Tener calma y sosiego tú procura
que loco fuera atentar contra tu vida.
MENCÍA. Es tan grande el dolor y la amargura
al contemplar mi dicha ya perdida,

que aunque mi rostro apareciera en calma
por dentro lloraré con toda el alma.

ANA. Tú, domina ese amor hacia tu Alfredo
y á el alma le darás paz y sosiego.
Yo, veré de ablandar á Recaredo,
aunque difícil es, no te lo niego,
que es tan terco en verdad, cual buen Robledo,
que á veces á la luz resulta ciego.
Mas te ruego que calles entretanto,
que viene allí y puede oir tu llanto.

ESCENA IV

D. RECAREDO, ALEJO, ANA, MENCIA, el Notario,
EL CONDE DE TORRELOSA y los criados

D. Recaredo llega apoyado en el brazo de Alejo. Mencía corre al balcón á serenarse y Ana sale á su encuentro

RECAREDO. ¿Es eso verdad, Alejo?

ALEJO. Como estoy ahora hablando.
No sé fijamente cuándo
se lo oí contar á un viejo.
Y supe, hará un momento
al oir cierto alboroto,
que en Melilla ya se ha roto
el fuego en un campamento.
Y que marcha se asegura
muy pronto mi división
con D. Carlos de Borbón.

RECAREDO. Sí. Ayer lo dijo aquí un cura (pausa)
Y aunque yo mucho lo siento.
¿Tú te irás?

ALEJO. Al otro día
de estar casada Mencía
me incorporo al Regimiento.

RECAREDO. Bien, Alejo, así me gusta.
Tienes valor y decoro,
pues ni te arredra ni asusta
el pelear contra el moro.

(Alejo después de dejar á su padre con su madre hablando, vá al balcón con Mencia, y á D. Recaredo al acercarse á á Ana, ésta le dice:)

ANA. Recaredo. ¿Tú has pensado
lo muy grave que sería
el obligar á Mencía
á casar con D. Amado?
¿Ignoras que por Alfredo
ha tiempo que ella suspira?

RECAREDO. Sí. Mas tú crées que delira
por chocho, tu Recaredo.
No deliro. Y has de saber
que por mucho que lo quiera,
jamás de ese calavera
Mencía será mujer.
Yo no dudo que es valiente,
que para ir voluntario
á la guerra, es evidente
que el valor es necesario.
Mas el pobre es tan tronera
que recuerdo haberle oído:
«Ni nunca estudioso he sido,
ni quiero seguir carrera».
No busques, pues, afanosa
sustituto á D. Amado,
que ha tiempo que he concertado
la boda con Torrelosa,
y en llegar no tardará,
pues debiera estar ya aquí
que en su parte ayer leí:
«Salgo á escape para allá». (pausa)
¿Y avisaste al escribano?
Que venga con prontitud
Hijo. Soy algo anciano (á Alejo que se acerca)
y estoy falto de salud.
Y como puedo morir
y á la guerra tú te irás
de este modo escucharás
cuanto os tengo que decir.

JUAN. El Notario. (desde la puerta)

NOTARIO. Dios os guarde.

RECAREDO. Os ruego toméis asiento
y escuchadme muy atento.

NOTARIO. Siempre de ello hice alarde.

(D. Recaredo se sienta sillón derecha con sus hijos y el Notario y D.ª Ana á un lado y otro de la mesa-despacho)

RECAREDO. Con el auxilio de Dios,
Yo, Recaredo del Vivar
del Robledo y de Quirós,
quiero ante vos declarar.
Que nací allá en Castilla
en un castillo roquero,
que un abuelo en Quintanilla
gastó en ello su dinero.
Que dí mano y corazón
cuando aún joven yo era
á D.ª Ana de Aragón
Quintanar de la Figuera.
Era entonces muy hermosa
y de singular gracejo,
y un hijo diome mi esposa
al que llamamos Alejo.
Y á poco, Dios completó
de esta casa la alegría
y un ángel nos envió
á nuestra hija Mencía.
Bien. A mi esposa muy amada
á quien más que amar venero,
la Hacienda de la Cañada
lego con casa y granero.
Y á mi adorada Mencía
la hija á quien tanto quiero,
lego toda la alquería
y mil onzas en dinero.
Pero ya sabes que espero
que cases con Torrelosa
que él es todo un caballero.

MENCIA. (con timidez) Así... lo haré muy... gustosa.

RECAREDO. Al veterano de Juan
que él es hoy mi camarero,
aunque fué siempre un rufián
mil duros dejarle quiero.
Y otros mil á la doncella,
que aunque algo alborotada,
Lucía fué siempre honrada
y bien los merece ella.
Y casas, tierras, ganado
alhajas, muebles, dinero,
todo para el hijo amado

que es de mi alcurnia heredero.
(pausa, saca un papel y dice:)
Entre pergaminos viejos
hallé este papel metido.
De tu abuelo son consejos. (á Alejo)
Oyelos, hijo querido.
(leyendo) «Cuida sentar á tu mesa
al honrado y caballero.
Sé siempre de tu nobleza
celoso, mas no altanero.
Con el humilde prudente,
con el pobre generoso,
mas nunca humilles tu frente
ante el fatuo y poderoso.
No ultrajes á la doncella
ni busques mujer casada,
al contrario, arma querella
por defender á una dama.
Buscar tú mujer procura
que tenga sangre y talento,
no te ciegue la hermosura
ni te arrebate el dinero.
No saques nunca tu espada
sin motivo por favor,
más una vez ya sacada
no la envaines sin honor.
Si ves tu honra manchada
haz tú que la sangre corra,
que mancha en ella estampada
sólo con sangre se borra.»
(al concluir de leer guarda el papel y le dice al Notario)
Ya con esto he terminado.

NOTARIO. ¿No hay nada más que agregar?

RECAREDO. No, señor. Quedo obligado
y se puede retirar.

NOTARIO. Las notas voy á extractar
y extenderé el documento,
traeré hecho el testamento
por si lo quiere firmar. (sale 2.ª derecha)

RECAREDO. (se levanta, avanza hacia el proscenio y conmovido dice á su mujer é hijos).
Oid. No dejaré la vida con terror,
que en la senda que en ella recorrí

tanta fué la amargura que sufrí
que casi espero la muerte con amor.
Mas este viejo que jamás lloró,
con el alma llorosa al despediros
algo bueno hoy tiene que deciros
que la experiencia misma le enseñó.
Cuando el hombre al verse fatigado
y harto de pena y rendido de sufrir
tiene al ya cercano día de morir
su pensamiento entero dedicado,
contempla entonces triste y aterrado
la larga senda que recorrió al vivir
y al ver que pronto la muerte ha de venir
de miedo tiembla él todo azorado.
Y al acercarse la triste realidad
pensando en la otra vida con terror
cuando implora del cielo la piedad,
oye muy lejos, allá en la eternidad,
el eco dulce y tierno del Señor
que á su lado le llama con amor.
(dirigiéndose después á su hijo dice)
No te asuste, pues, el frío de la muerte
que recorre veloz la periferia
congelando la sangre de la arteria
y arrebata la vida de esta suerte.
Piensa que solo muere la materia
que es el barro deleznable é inerte
conque Dios la hizo, y aunque parece fuerte
foco es de podredumbre y de miseria.
Y si á la patria le entregas tú la vida
cubierta de laureles y de gloria,
tu nombre, hijo, la patria enternecida
jamás lo borrará de su memoria;
y aunque llorosa y triste, agradecida
lo hará eterno grabándolo en la historia.

ESCENA V

RECAREDO, ANA, ALEJO, JUAN y CONDE DE TORRELOSA

JUAN. Aquí espera un cabayero.
Preguntó por la zeñora.

ANA. ¿Quién es?
JUAN. Parece gayego.
RECAREDO. ¡Ah! Dile que entre aquí ahora.
CONDE. Alabado sea Dios.
RECAREDO. Sea por siempre alabado.
CONDE. ¿Sois D. Recaredo vos?
RECAREDO. Sí, y vos sereis D. Amado.
CONDE. Justo. Ahora he llegado. (se abrazan)
RECAREDO. Señor Conde, muy contento
aprovecho este momento
y lleno de regocijo
á Ana, Mencía y mi hijo (señalándolos)
á la vez aquí os presento.
(el Conde va saludando á todos y después de una pausa continúa D. Recaredo)
Y si yo no me he olvidado,
sois además D. Amado
de Albuquerque y de Ferreiros.
CONDE. (muy finchado)
Si; descendiente de un Caleiros
cuya nobleza he heredado.
Mi abuelo, que era gallego,
desde el día en que casó,
casi siempre él habitó
un castillo solariego
que un Caleiros construyó
en las orillas del Miño.
Mi abuela fué portuguesa,
dama que era algo gruesa,
mas recuerdo desde niño
fué modelo de belleza.
A eso... sin duda. . es debido
el que yo... haya nacido
tan... lucido y tan... flamante
y que este porte arrogante
terror cause á algún marido.
Pues por desgracia ó ventura,
sin querer, mi catadura
de tal manera ella inflama
el corazón de una dama
que temen raye en locura.
Y en paseo á cada paso
sin pensar lanzo un flechazo

á cuantas mujeres miro,
que al verme, dan un suspiro
aunque no les hago caso.
Y tal estrella es la mía,
que en Lisboa siempre oía
á mujer que me miraba
que á escape ella exclamaba:
¡Qué suerte tiene Mencía!
Sin darme por aludido,
como la modestia exige,
tras Mencía, yo me dije,
de mi amor ya convencido.
Y tal placer he sentido
que raya ya en lo infinito
que al miraros de hito en hito
en su mirar dulce y tierno
fuego encuentro del Averno,
pues sin querer me derrito. (pausa)
Por cierto que antes de ayer (dirigiéndose á Recaredo)
un soldado en la frontera
ignorando quien yo era
dijo: Su pase he de ver,
Yo contesté: Gran placer
fuera el mío en darle gusto.
Y entonces él, algo adusto,
dijo al ver no lo llevaba,
que detenido quedaba,
queriéndome dar un susto (sonriendo)
Mas yo, en el mismo instante
con coraje protesté,
y al ver como me enfadé,
lleno de miedo el danzante,
fué y llamó á un Comandante.
Y éste, se asustó á su vez,
pues dije con altivez
retorciéndome el mostacho:
A usted y á ese... muchacho
se traga este portugués.
Y se quedó tan perplejo
que no supo que decir.
Y...

RECAREDO. Bien Conde. Estoy ya viejo
y como además Alejo

á la guerra se ha de ir
pienso yo y lo mismo Ana
que al anochecer mañana
os podéis aquí casar.
Y adiós que con ella quedar
á solas tendréis ya gana.

CONDE. Con gusto con ella quedo
y estar satisfecho puedo
y á la par reconocido
al honor que he recibido
hoy de vos, D. Recaredo.

RECAREDO. Dispensad, si fatigado
en este momento os dejo.
(saludan y sale del brazo de Alejo diciendo)
¿Qué te parece á tí Alejo
este Conde?

ALEJO. ....Muy finchado
y además lo encuentro viejo.
(D.ª Ana sale detrás de ellos y quedan Mencía y el Conde)

ESCENA VI

D.ª MENCÍA, el CONDE, luego LUCÍA y JUAN

CONDE. Del amor en alas yo (postrado ante Mencía)
vengo Mencía hasta aquí,
que cuando el retrato ví
que vuestro padre envió
tanto él me entusiasmó,
que á Lisboa decidido
dejé, y aquí he venido
no pensando en otra cosa,
sino en que seais mi esposa
y en ser yo vuestro marido.
Pues sois tan angelical
¡Vive Dios! Doña Mencía
que no hay dama en Portugal
que á vos pueda ser igual
y esto causa mi alegría. (levantándose)
Y vamos... ¿no dice nada?

MENCÍA. Yo? Estoy tan emocionada (muy turbada)

CONDE. Lo comprendo bien, Mencía.

(aparte) Sin duda esta gallardía
la tiene algo turbada.
Mas decid, ¿os cautivó (da un paseo)
mi figura? ¿Sí ó no?
No hay otra en Portugal (Mencía calla)
(aparte) Calla? Si no tuviera caudal
ahora mismo me iba yo.

MENCÍA. ¡Conde! ¡Estoy tan cohibida!

CONDE. Me lo explico bien, querida.
¡Qué timidez tan hermosa!
¡Haceros pronto mi esposa
es el sueño de mi vida!
Sin duda se enamoró (aparte)
y á la pobre la turbó
el amor que me profesa.
En haciéndola Condesa
¡qué abrazo le daré yo! (se despide y dice)
Adiós gentil y graciosa,
adiós Mencía galana,
Condesa de Torrelosa
seréis vos al ser mi esposa
al anochecer mañana.

(le besa la mano y ella inclinándose se retira) (en esto cruza la escena Lucía y al verla él dice)

CONDE. Ven. ¿Te llamas?

LUCÍA. Yo? Lucía.

CONDE. Eres doncella sin duda.

LUCÍA. ¿Doncella? Sí, de costura (con timidez)
Sirvo yo á D.ª Mencía,
por eso yo ya sabía
que erais vos su prometido.

CONDE. ¿Sí, eh? Cuando sea su marido
la puedes tu acompañar,
y te vienes á viajar
con ella y también conmigo.
Quiéres, dí? No seas adusta.
Contesta.

LUCÍA. Pues, escuchad.
Lo confieso, á mí me asusta
del hombre que á mí me gusta
separarme, la verdad.

CONDE. Ah! ¿Con él te piensas casar?
Bien. Lo traes y no hay más que hablar.

El será mi camarero (con picardía)
y en sus ausencias, lucero,
tú... le... podrás reemplazar. (cambiando de tono)
Ahora escucha un momento y dí:
¿Nunca te ha hablado de mí
la encantadora Mencía?

LUCÍA. Sí. Díjome, que ella sentía
mucho marcharse de aquí.

CONDE. Lo encuentro muy natural,
su familia aquí la adora
y temerá verse sola
sin familia en Portugal.
Mas no lo ha de pasar mal
que mucho la cuidaré.

LUCÍA. Sí... pero ella... sabe usted (con malicia)
tiene también aquí un primo,
y éste le da mucho mimo.

CONDE. ¡Cuerno! me lo sospeché.

JUAN. (que desde la puerta ha oído todo, entra)
Zeñor Conde. Ya he oído
dezde ayí zu ofresimiento,
máz voy á zer zu marido,
zegún le tengo ofresido,
y que azepte no conziento.

CONDE. (con aire burlón)
¡Ah! Recibe mi enhorabuena,
yo te la doy entusiasta.
Te llevas una morena
que es una chica muy buena.
Que no se acabe la casta. (tocándole)
Mas mucho siento en verdad
no quieras venga conmigo
Lucía y también contigo,
que es Lisboa una ciudad,
oye bien lo que te digo,
donde hay mucho que admirar.
Allí el Tajo es como el mar,
y vereis, si al fin venís,
que con Lisboa ni á Paris,
se le puede comparar.

JUAN. ¿Ez de veras, cabayero?

CONDE. Sí, señor.

JUAN. (aparte) ¡Qué embuztero!

Ezte tío empalagozo
ze la echa de grasioso.

CONDE. ¿Vais á venir?

JUAN. No. No quiero.
¿Lo quiere máz claro oir?
Conde... Yo nasí en Zeviya
que ez la octava maraviya (el Conde ríe)
de er mundo. No hay que reir.
Ayí en er Guadarquivir
por grande que zea er navío
zurca airozo por er río.
Puez bien, serca, en zu barranca
hay una cacica blanca
donde ezte chato ha nasío.
Y ar lado en un romeral
todo arfombrado de florez,
zoñaba yo con la zal
de eza niña angelical
amor hoy de miz amorez.
Zí, Conde, eya aquí queda
ezperando yegue er día
en que yevarla yo pueda
á mi beya Andalusía.

CONDE. ¿Sí? Que el cielo te lo conceda. (se va)

(Cuando sale el Conde Juan echa una carcajada y corre cerca de Lucía, que está triste y pensativa).

JUAN. ¿Qué tienez tú mi morena?

LUCÍA. Pena.

JUAN. ¿Puedo zaber que te paza?

LUCÍA. Que casa.

JUAN. ¿Y porque cace Mencía
eztáz tú trizte y con pena
morena?
No lo comprendo Lusía.

LUCÍA. ¿Qué viste aquí majadero?

JUAN. Un cabayero.

LUCÍA. ¿Qué se marcha á Portugal?

JUAN. Cabal.

LUCÍA. Pues si se la lleva hoy día
aunque sea un caballero,
majadero.
¿No ha de llorar tu Lucía?

JUAN. ¿Cuándo cazamos lucero?
LUCÍA. En Enero.
JUAN. ¿Tienez en ello tu afán?
LUCÍA. Sí, Juan.
JUAN. Puez zi te vaz á cazar
en yegando er mez de Enero,
lucero,
ríete en vez de yorar.

FIN DEL PRIMER CUADRO

Cuadro segundo

GRAN SALÓN DE LA CASA.—Puerta de entrada al fondo y dos laterales.

ESCENA VII

MENCÍA sentada, está muy triste. JUAN entra con dos luces. Después ALFREDO.

JUAN. Puez zeñó ¡vaya una caza! (al ver á Mencía)
aquí todo er mundo yora.
Ayí gime la zeñora,
aquí la novia. ¿Qué paza?
¿Ez ezto entierro ó ez boda? (deja las luces)
¡Pobre zeñorita mía!
Ya me lo dijo Lusía,
no la gusta el portugués.
Verdá, que er gachó debe zer
Conde de guardarropía. (se va)

MENCÍA. A mi padre acabo de ver (vestida de blanco)
y palabra me ha exigido
sea el Conde mi marido,
y no se yo lo que hacer,
que imposible me es querer
como no sea á mi Alfredo.
¿Qué haré? ¿Cedo ó no cedo?
No sé, que solo el pensar
me lleven á Portugal,
llena mi alma de miedo.
Mas yo ¿qué voy á decir?
El Conde pronto vendrá
y con él se encontrará,
que Alfredo quedó en venir
y Alfredo lo cumplirá. (pausa)
¿Qué será de mí? ¡Señor!
Amparadme por favor
yo os lo ruego ¡Virgen pura!

que está rayando en locura
por Alfredo ya mi amor. (se levanta y va á salir, pero llega Alfredo)

ALFREDO. Gracias á Dios que al fin puedo
á solas contigo hablar.

MENCÍA. Bien... Mas poco ha de ser Alfredo
que... me... tengo que marchar.

ALFREDO. No, me tienes hoy que escuchar.
Tú te olvidas ha tiempo, prima mía,
que entregaste tu amor á mi albedrío.
¡Ah! Desde entonces acá, siento un vacío
que mi alma carcome noche y día.
¿Por qué me tratas ahora, dí, Mencía
con esa cruel frialdad, con tal desvío?
Mata si el corazón tuyo no es ya mío
y no prolongues mi angustia y mi agonía.
Mas si aún me cupiera á mí la suerte
que mi amor no hayas dado ya al olvido,
ven á mí, que en mis brazos al tenerte
escucharás de cerca tú el latido,
que al luchar con la vida y con la muerte
hoy da mi corazón al verse herido.

MENCÍA. Por Dios, Alfredo mío, paciencia y calma
piensa que pueden venir y vernos.

ALFREDO. Sí. Pienso que es fuego de los infiernos
el que aquí, calcinando está mi alma.
(pausa y sigue luego con gran vehemencia)
Ni el que gime en su celda encarcelado
y de obtener justicia desespera,
ni el que su vida y su fortuna entera
al azar de los mares ha entregado,
ni el que ve padecer al hijo amado
y el golpe teme de la parca fiera,
ni el que su vista nunca recupera
que densa catarata le ha robado.
Ni todos juntos, sufren el tormento,
la angustia y la ansiedad que enamorada
mi alma sufre desde aquel momento
que la heriste con flecha envenenada.
Arráncala, pues, Mencía idolatrada,
que he de morir si no del sufrimiento.
Sí. Por tí de amor me hallo moribundo,
que no puedo explicar lo que sentí

el día mismo primero en que te ví,
mas el alma me heriste en lo profundo.
Y no te olvido siquiera ni un segundo,
que aquel recuerdo grabado quedó en mí
y entero mi pensamiento es para tí,
que de tí, espero todo yo en este mundo.
No podrás, pues, dudar que yo te quiero
con tan brioso amor, que á mi se aferra
cual se aferra el imán al dulce acero.
Y tal es la pasión á lo que infiero
que por tí en mi pecho hoy se encierra,
que no la habrá mayor aquí en la tierra.

MENCÍA. (muy emocionada y temiendo ser sorprendida por su padre dice:)

Calla. Que esa tu lengua despiadada
clavando está en mi alma tal flechazo,
que la deja deshecha y destrozada
y no queda de ella entera, ni un pedazo.
Piensa, que tengo mi palabra dada
de casarme... con otro en breve plazo.

ALFREDO. Para impedirlo yo tengo esta espada
y esta mano derecha y este brazo.

MENCÍA. No, Alfredo, no. No podemos luchar,
sería vana é inútil resistencia.
Piensa que Dios me manda respetar
al padre que dióme la existencia.
Y aunque sé que moriré de pena
hoy mismo he de cumplir lo que me ordena.

ALFREDO. ¿Sí? ¿Ves ese que se halla desterrado
y volver á su Patria desconfía,
que al verse de sus hijos separado,
maldice sin cesar su estrella impía?
¿Ves ese que al juego le han ganado
todo el dinero que el pobre poseía,
y al verse ahora de todos despreciado
el sino fatal maldice noche y día?
Pues no sufren lo que yo en este instante,
al escuchar que tú, Mencía amada,
hoy has de quedar con otro aquí casada.
Y antes que verte en brazos de otro amante,
á Dios le pido que me arroje inerte
entre las propias garras de la muerte.

(va hacia la puerta y al llegar allí se vuelve y dice:)

Mencía. Juro ante el Dios que está en el cielo,
que he de maldecir hasta tu nombre,
cuando arrojando mi amor tú por el suelo,
entre los brazos te vea de otro hombre.

MENCÍA. Primo. Depón tu furor.

ALFREDO. Yo no soy primo, ni nada. (con vehemencia)
Soy una fiera enjaulada
á quien ahoga este amor,
mas prometo por mi honor
y dejo palabra dada,
que antes de verte casada,
al Conde de Torrelosa,
si Dios no ordena otra cosa,
le he de dar una estocada. (vuelve desde la puerta y dice:)
Cuando lo haya matado
cual se mata una babosa
vengo, y si has de ser mi esposa
tenlo todo preparado,
que á Melilla aunque casado,
debo partir al momento.

MENCÍA. (emocionada al oirlo)
Alfredo. ¡Ay qué tormento!
¿Vas á Melilla á volver?

ALFREDO. Sí, que allí me llama el deber
y acudiré al llamamiento.

MENCÍA. (muy agitada y llorosa)
¿Y si te matan? ¡¡Qué horror!!
¡¡Qué terrible padecer!!
¡Dios mío! dadme valor
para que pueda vencer
en esta lucha de amor.
(Mencia dice esto último muy agitada y se apoya en una mesa como quien está próxima al desmayo. Él entonces corre hacia ella y ayudándola á sentar, dice:)

ALFREDO. ¡Prima! Escúchame un momento por favor;
aparta de tus ojos ese llanto
si verdad es que tú me quieres tanto.
Y si sientes por mí tan grande amor,
mientras vuelvo yo aquí, tú entretanto
ármate de paciencia y de valor
y de tu alma desecha ese terror
causa principal de tu quebranto.

Luego, tras del placer y la ventura,
nos echamos en brazos de la suerte,
yendo juntos á que nos case el cura,
y ante el Notario que haga la escritura.
Que así unidos los dos en lazo fuerte,
¿quién nos separará? Sólo la muerte.

MENCIA. (se levanta y con energía dice:)
Primo mío. Con horror te estoy oyendo,
y á la vez, hasta siento en ello placer,
que á la verdad, ha tiempo dudo qué hacer
que de amor, casi me estoy ya muriendo.
Sí. Que á sufrir me encuentro sentenciada
por un decreto de la suerte impía
y hoy más que nunca despiadada
se nubló para mí la estrella mía.
Y sin que este sufrir haya cesado,
poco á poco transcurre día tras día
y un siglo ha, que á mi boca no ha asomado
la más leve sonrisa de alegría.
Mas que termine este martirio quiero
después de lo mucho que he sufrido,
y ahora mismo seguirte he decidido,
ven pronto á buscarme, si, aquí te espero.
No quiero hacer al Conde desgraciado
ni serlo yo también con él casada,
y si el obrar así fuera pecado (mirando al cielo
perdón, Dios mío, te pido aquí postrada.
Mas si es pecado estar enamorada,
¿para qué sirve el alma que me has dado?
¡Ah! Si tal sucediera, yo te ruego
que me quites la vida desde luego.

ALFREDO. Corro á dejarlo todo preparado
que volver por tí pronto bien quisiera.

MENCIA. Vuelve, sí, que mi amor aquí te espera
y en tus brazos caeré, mi bien amado.

ESCENA VIII

(Alfredo al salir tropieza con el Conde y Mencía al verlo sale á escape)

ALFREDO. ¡Conde!

CONDE. No tengo el gusto.

ALFREDO. De saber quién soy, quizá?
Escúcheme y lo sabrá,
si no le causa disgusto.

CONDE. (aparte) Este hombre dióme un susto.

ALFREDO. Me llamo de nombre Alfredo
sepa, y de D. Recaredo
soy yo sobrino carnal.

CONDE. Si será éste aquél? Cabal. (aparte)
¿Y se va usted?

ALFREDO. No; me quedo
y oigame bien.

CONDE. Sí, señor.

ALFREDO. De apellido soy Vivar,
nieto de aquel Campeador
que con su heróico valor
al moro llegó á aterrar.

CONDE. (algo repuesto del susto y queriendo serle agradable)
¡Oh! Nada menos que del Cid;
mucho yo lo conocí.
Es decir, por la escritura,
que lo que es por su figura
esa, jamás yo la ví,
pero sé que fué un gran hombre.
Mas escuchad lo que os digo.
De mi boda á ser testigo
os obliga vuestro nombre,
y para ser vuestro amigo (alargándole la mano)
el mismo nombre os abona.

ALFREDO. (rechazándola)
Jamás, que tras su persona
ahora mismo iba á salir,
pues os tengo que decir
una cosa... que no es broma.
Sí. Por vuestra suerte fatal
ha poco, yo he decidido
no os caséis, ¿lo habéis oído?
que de mi prima carnal
yo mismo seré marido.

CONDE. ¡Ja!... ¡ja!... Que me ría permitid,
No lo creo y lo estoy viendo,
que le estoy á usted oyendo
y aunque nieto sea del Cid,
me voy ahora creyendo

que al oirle así hablar,
ó lo tendré que matar,
ó por estar usted loco
ó al menos faltarle poco,
lo tendré que despreciar.
(aparte) ¡No me metí en mal enredo!

ALFREDO. ¿Sí, eh? Pues de mí se ha de acordar
que como me llamo Alfredo
ahora mismo con un dedo
la cara voile á cruzar. (hace el ademán)

CONDE. (muy asustado, pero haciéndose el valiente)
¿Cómo? Esto es fenomenal.
¿Te atreves á insultar tú
á un noble de Portugal?
Lo vas á pasar muy mal.
¡Mil votos por Belcebú!
Sin duda ignoras tal vez
lo que vale un portugués
que es noble y que es hidalgo.
Yo te probaré que valgo
para matarte. ¡Pardiez!
Mas estoy bajo el techado
de aquel que va ser mi suegro,
de lo que mucho me alegro,
y esta casa he respetado,
por eso... ya no te he dado
el castigo merecido.

ALFREDO. (con rabia) Y yo á usted no le he escupido,
porque le quiero matar,
ó tendrá que renunciar
de Mencía á ser marido.

CONDE. ¡Bravo! Parece mentira
que se llegue á figurar
que pueda yo renunciar
á la que por mí delira,
y esto lo puedo jurar.
Además. Sería engañar
á la que ayer decir oía
que por mí ella moría;
y yo no puedo dudar
que la verdad me decía.

ALFREDO. Cállese usted. So pedante,
que miente más que está hablando

y me voy yo ya cansando
de escuchar á tal farsante. (pausa)
En fin, me voy por delante.
Del Retiro en la emboscada
dejaré la orden dada,
que esté todo prevenido.
Allí tranquilos, sin ruído,
nos batiremos á espada. (sale)

CONDE. ¡Señor! Me deja hecho un hongo.

ALFREDO. (volviendo de repente)
Conde. Si quiere evitar
el duelo que le propongo
á lo que yo no me opongo,
le basta con renunciar
á la mano de Mencía,
y decir al ser de día
adiós, como hombre cuerdo,
y si te ví no me acuerdo,
que ella, no lo sentiría.
Téngolo, pues, bien pensado. (se va)

CONDE. ¡Habrase visto qué osado
y atrevido es el mancebo!
Quiere que diga: *No quiero,*
cuando palabra ya he dado,
y que renuncie á una hermosa
tan esbelta y tan graciosa
y además... á su caudal.
¡¡Qué diría Portugal
del Conde de Torrelosa!! (pausa y pensativo dice)
Sin embargo... no sé que hacer,
pues éste debe de ser
sin duda alguna aquel primo
que la daba tanto mimo,
según dijéronme ayer.
(da unas vueltas pensativo y dudando dice)
Primo... y mimo... Mal anuncio.
Me parece que renuncio,
pues la verdad, me da miedo. (rascándose la cabeza)
y que acuda en queja al Nuncio
si quiere D. Recaredo. (va á salir y tropieza con Alfredo que vuelve)

ALFREDO. Vuelvo á escape, sofocado.
Ya está todo preparado

armas, padrino, lugar.
Vamos.

CONDE. ¿Quiere escuchar?
Algo diré de su agrado.

ALFREDO. Hable usted.

CONDE. He decidido,
por estar ya convencido
que no me quiere Mencía,
marcharme al llegar el día.
Creo que estais complacido.
Mas sepa también Alfredo
que al marcharme yo de aquí
no es por lo que os oí,
que yo no conozco el miedo (arrogante)
ni jamás lo conocí.
Y que así conste yo quiero
que si noble sois, mi amigo,
sereis sin duda el primero
en reconocer sincero
la verdad de lo que os digo. (tendiéndole la mano)

ALFREDO. (cogiéndola) Os quedo Conde obligado.

CONDE. Quedad con Dios.

MENCÍA. ¿Ha marchado? (sorprendida)

ALFREDO. Sí, y el irnos fuera locura
que á tu mano ha renunciado. (sale)

MENCIA. Gracias mil ¡oh Virgen pura! (sale á su habitación)

ESCENA IX

D. RECAREDO, ALEJO, luego ALFREDO, D.ª ANA y MENCIA

RECAREDO. (sale apoyado en Alejo y preocupado dice)
Me choca no haya venido
el Conde, siendo la hora que es,
que ha rato dieron las diez;
algo le habrá sucedido
sin dudar al portugués.

ALEJO. Lucía fué á preguntar;
ya poco puede tardar.
(va hacia la puerta y asomándose dice)
Ahí viene.

LUCIA. (entrando) ¡Uf que calor!
El Conde se fué, señor,
más, no pude averiguar.

RECAREDO. (pensativo y contrariado)
Bien... mas vete Lucía,
y dí á mi hija Mencía
y dí á la casa toda
que ya no será hoy la boda
y que será... cualquier día. (sale Lucía)
Pues, Señor ¡vaya un percance!
Y en vista, pues, de su ausencia
obrar debo en consecuencia
para salir de este trance.

ALEJO. Tenga un poco de paciencia.

RECAREDO. ¿Eso me aconsejas, chico?

ALEJO. Sí Yo tampoco me explico
la ausencia y aunque la veo,
la verdad es... que... no creo
que nos vaya á dar un mico.

JUAN. (á Alejo) De Melilla trae un soldado
este pliego para usted.

ALEJO. A ver. Me lo figuré:
es del capitán Manglado
y viene muy retrasado.
(leyendo) «Alejo: Habrás de saber
que luchando con denuedo
por el Rey, antes de ayer
Alfredo ¡cómo ha de ser!
herido cayó en el suelo.
El médico le asistió
en seguida y le encontró
herido en el antebrazo.
Era muy leve el balazo
y la bala le sacó.
Y aunque herido se volvió
á la vanguardia al momento
y empuñando muy contento
la bandera, él arengó
á las fuerzas y atacó
con tal furia al enemigo,
que presos trajo consigo
á un caid y á su teniente,
~~en fin, que fué un valiente.~~

Se lo oí al que no miente
y de todo fué testigo,
al General, que á mi lado
dijo muy entusiasmado:
Alfredo se está ganando
la cruz, hoy, de San Fernando,
y el General se la ha dado.»

RECAREDO. La tiene muy bien ganada
Alejo. Buena jornada.
Alfredo, es un valiente.

LUCIA. Este pliego traen urgente.

RECAREDO. (leyendo) Qué letra más endiablada.
«Amigo noble y querido:
Por ciertas cosas que ví
de Mencía comprendí
no podía ser marido
y marcharme decidí.»

RECAREDO. (enfadado, tirando la carta)
¿Qué dice este hombre? Cuerno!
¿Que no quiere ser mi yerno?
Pues que se vaya á donde
le dé la gana al tal Conde
ó que se vaya al infierno.
¡No nos metió en mal lío!
Qué le diré yo á Mencía.

ALEJO. Pues verá con alegría
que no hay boda, padre mío. (se va)

ALFREDO. (desde la puerta)
¿Da usted su permiso, tío?

RECAREDO. Ven á mis brazos, Alfredo,
ya he sabido tu denuedo,
y tan valiente estuviste,
que al enemigo le diste
con tu arrojo cierto miedo.
Y estaba aquí comentando,
que el General satisfecho
te condecoraba el pecho
con la cruz de San Fernando.

(Alfredo está pensativo y preocupado)

¿Más que estás ahí pensando?

ALFREDO. ¿En qué pienso? En una cosa.
Que no me puedo explicar
cómo ha podido marchar

el Conde de Torrelosa
debiéndose aquí casar.

RECAREDO. Ahora mismo lo he sabido.

ALFREDO. La verdad, yo lo he sentido,
que palabra tenía dada
de darle aquí una estocada,
y sólo á eso he venido.

(entran Ana, Mencía y Alejo)

Sí. Celoso estaba, señor,
que siento yo un amor
tan inmenso por Mencía,
que por ella yo daría
la vida y hasta el honor

RECAREDO. ¡Ay Alfredo! Lo sabía.
¿Y tú que dices, Mencía?

MENCIA. Lo quiero... con frenesí

RECAREDO. Pues te casarás aquí
en llegando el nuevo día
con el hijo de mi hermano,
y á vivir feliz y en paz,
y que no vuelva aquí más (á Mencía)
ese Conde lusitano.
Ahora, ¿contenta estarás?

MENCIA. ¡Padre! me has dado la vida.
Un beso. ¡Madre querida!

ANA. Se cumplieron ya tus planes
objeto de tus afanes. (abrazándola)

MENCIA. Sí y os quedo reconocida.

RECAREDO. (á su hija)
Si muero hija, no moriré contento,
que el verme ya caduco y verme anciano,
grandemente me apena, porque siento
no marchar con Alfredo y con tu hermano,
y es testigo el Señor que yo no miento
que con el corazón hablo en la mano,
y ni pienses siquiera que lamento
que el fin de mi vida está cercano.
No servir á la Patria yo deploro,
y causa en mí tristeza y amargura
no poderle llevar al pueblo moro
donde salvaje reinó la tiranía,
la luz de la verdad y la cultura
que hasta con gusto entonces moriría.

ALFREDO. Tío. Al moro asusta ya nuestra grandeza
al vernos con coraje acometer
á impulsos del valor y la nobleza
más que por cumplimiento de un deber,
que contra su valor y su fiereza
grandes y chicos juramos defender
mientras quede sobre hombro una cabeza
la Patria que cual madre nos dió el ser.
Y viendo va el rifeño audaz y osado
que al poner nuestra planta en tierra extraña
es inútil se oponga á nuestro paso
Y comprendiendo va vivió engañado
cuando creyó que hoy día aquí en España
el poder militar llegó al ocaso.
Tío, sí. Que él encontró seguramente
en cada pecho español un baluarte
y al dios Éxito vió que unido á Marte,
coronó de laureles nuestra frente
En tanto él doblega la cabeza,
que el león español ruge turioso
y al defender su honra cual celoso
la garra en él clavó haciendo presa.

RECAREDO. (dirigiéndose á Alejo y á Alfredo)
Tengo en oirte Alfredo complacencia;
mas mañana después de estar casado,
aunque aquí se llore vuestra ausencia,
á Melilla tú irás y el hijo amado,
que exigiendo está allí vuestra presencia
el honor patrio á vosotros confiado,
y tranquila tendreis vuestra conciencia
al cumplir como cumple el buen soldado.
Y aunque seré en lloraros yo el primero
marchad á ser de la patria vengador
cruzando con el rifeño nuestro acero.
En ello, más que la vida os va el honor
que á España la contempla el mundo entero,
y hay que dar al mundo ejemplo de valor.
(termina y fatigado se arroja en un sillón)

ALFREDO. (dirigiéndose á Mencía que esta conmovida y llorosa)
Sí; desgraciadamente he de apartarme
de la mujer que adoro con delirio.
Sí, de tí he de alejarme,
que sufra este martirio

casi igual á la muerte
cruel ordena la contraria suerte.
No podré ya escuchar tu dulce acento
ni contemplar tu angelical sonrisa.
No aspiraré tu aliento
de aromática brisa,
ni admirar la belleza
que en tu faz prodigó naturaleza.
No veré tampoco el brillo refulgente
de esos ojos que causan mi alegría.
No podré finalmente
al mirarte Mencía
recibir el consuelo
que recibir pudiera desde el cielo.
Y marchar mañana, el día venturoso
en que podré llamarme tu marido,
será muy doloroso.
La suerte lo ha querido.
Pero maldigo á el Hado
que traidor me separa de tu lado.

MENCIA. Como sólo he de estar contigo un día
siento Alfredo tan hondo sufrimiento,
que no puede el alma mía
en tal cruel momento
explicar lo que siente,
que de llorar se ocupa solamente.

ALFREDO. No llores más. Ya sabes que te adoro
y el corazón me estás haciendo trizas,
que al escuchar tu lloro
cruel lo martirizas,
y aumenta la agonía
y la pena que embarga á el alma mía.
Tus lágrimas enjuga, dulce dueño,
no temas que te olvide un solo instante
ni aun tan siquiera en sueño,
que es mi amor tan constante,
que aunque de tí me alejo,
corazón, alma y vida aquí me dejo.

MENCIA. Paciencia sí, Alfredo mío, así lo ordena
la disciplina y el deber sagrado
que en el alma resuena
de todo buen soldado (extendiendo el brazo dice)

Vete, sí. Que aquí Mencía
rezando por tí queda noche y día.
(se arroja en los brazos de él)

RECAREDO. La Patria llama. No llorar.
Acudid al llamamiento.
Mas me viene al pensamiento
algo bueno que contar,
y á oirlo vais al momento. (pausa)
Por la Patria combatía
ha muchos años mi abuelo,
y por la Patría moría
regando con sangre el suelo.
Mi abuela que enloquecía
ante el cadáver lloró,
y ante el mismo ella juró
vengarse al verse sola,
y en la bandera española
envuelto lo sepultó.
A mi padre, vió llorar
y entonces ella le dijo:
Voy de tu pecho á colgar
esta Virgen del Pilar,
nunca la abandones, hijo.
Ella, fuerzas te ha de dar
para que puedas luchar
hasta morir ó vencer,
que á tu Patria has de vengar
y al padre que te dió el ser.
Que á la Patria, le decía,
debe el hombre desde niño
veneración y cariño.
Ella, valor da y da energía
y á todos cual madre cría
de su bandera al calor,
de esa enseña del honor
que liga los corazones
de las distintas regiones
con ligaduras de amor.
Sí. Patria, amor es de amores,
él en los pechos germina
desde el valle á la la colina
como germinan las flores.
Como el sol con sus ardores

da la vida á cuanto baña,
ya sea choza ó cabaña
ó bien palacio grandioso.
Y no hay cielo tan hermoso
como el de la Patria España.
Hoy á esta Patria querida
la teneis que defender.
Mi abuelo cumplió el deber
dando á la Patria su vida.
Luego élla agradecida,
un monumento elevó,
donde en mármoles grabó
su nombre en letras de oro,
y en él cual rico tesoro
sus cenizas conservó.

FIN

San Sebastián y Septiembre 1909.

3 0112 098522656

IMPRENTA
MARTIN, MENA Y C.ª
FUENTERRABÍA, 14